

las jóvenes vestales, sus hijas. Y penetró hasta el fondo de lo que llamaban Regia, depósito de las reliquias romanas. Y saludó los penates de Vesta sobre cuyas espaldas pusieron los romanos su Roma. Intérprete del derecho, representante de la divinidad; autorizado para presidir desde los colegios sacerdotales hasta los colegios astronómicos; de poder eficaz, así para ir con sus interpretaciones rectificando el derecho, como para ir bajo sus órdenes rectificando el calendario; presidente de los sacrificios todos, mucho debía mirarse, no digo antes de cometer un desacato, un crimen, antes de cometer una negligencia. En siete siglos que llevaba entonces de vida el colegio de las vestales no llegaron á una docena las que faltaron á su voto de castidad, y todas fueron horriblemente castigadas enterrándolas vivas, como fueron azotados hasta darles muerte de látigo todos los que osaron atravesarse á un tan horrible desacato. Pues Nerón violó aquella noche á la vestal Rufina en el santuario de Vesta. Y así como tras el parricidio, en que inmoló á su madre, viera las Furias yendo á clavarle sus uñas en el cuerpo, tras este sacrilegio creyó que le faltaba del pecho aire y el suelo de las plantas.

Pero ¿cuál caso haría de los hogares ajenos quien corrompía y degradaba el propio? Así como todos sus afectos de amistad se habían en Tigelino concentrado, huyendo adrede y con empeño de Séneca y de Propercio y de los demás compañeros del buen tiempo, se habían sus amores concentrado en Popea. Aunque Octavia hiciera por atraerlo todo lo posible, no pudo conseguirlo. Repugnábale su físico modesto, á él, enamorado perdidamente de ostentosas hermosuras, y más todavía le repugnaba su moral sencilla y tierna. La madre, Agripina, le procuró tal boda por auparle hasta el trono; y nunca se lo perdonó, sintiendo poco la espléndida corona ceñida por sus sienes junto á la pesada coyunda puesta sobre su cerviz. En mil ocasiones había intentado un divorcio escandaloso, pidiéndole para validarlo legalmente una retórica oración á Séneca; y en mil veces rehusó á tal complacencia su dócil y sumiso maestro. La palabra dicha siempre á este respecto por su madre se la sugirió á ésta su maestro, Séneca. Si Nerón quiere devolver su mujer, que devuelva con la mujer también la dote, ó sea el imperio. Pero la voz del filósofo se perdía en las repugnancias invencibles sentidas por Nerón y en el influjo sobre Nerón ejercido por un priva-

do como Tigelino y por una querida como Popea. Ésta urdió cuantos embustes criminales pudo sugerirle su doble impaciencia por el tálamo de Nerón y por el trono de Roma. Pero todas las celadas que tendía con arte pérfido á la casta esposa, frustrábanse á una en la virtud manifiesta de Octavia; y los asaltos á su dignidad, en el favor siempre concedido por el pueblo á la esposa legítima de su emperador y á la verdadera emperatriz de su imperio. Mas como la seducción y el halago tienen tantos medios, y resistencias tan débiles el vicio, predominante de suyo en los palacios, encontró Popea con grande facilidad un servil instrumento de sus planes. Faltándole todos los otros esparcimientos, refugiábase Octavia en la música. No hay arte subjetivo como ella, pues la tomamos por voz de nuestro interior y por eco sobre todos de nuestras melancolías, si padecemos, ó bien de amores contrariados, ó bien de amores mal correspondidos. Lo que llamamos hoy música de cámara en el contemporáneo lenguaje, usábase allá en la corte de aquella emperatriz abandonada de su esposo y malherida en sus afectos. Había en la corporación de tales músicos un africano de Alejandría con mucha prestancia en su figura y mucha robustez en sus fuerzas, flautista consumado y maestro muy querido entre los muchos componentes de lo que podíamos llamar sin gran esfuerzo la capilla de Octavia. Era éste conocido con el nombre de Eucero, y dotado, amén del estro y destreza músicos, de una gran distinción en sus maneras y de sumo agrado en la comunicación y comercio con las gentes, sugirió á Popea y Tigelino la especie de que se hallaba ligado en ilícitas relaciones con la emperatriz Octavia. Necesitábase para validar tal calumnia de testimonio y de testigos. Difícil encontrarles en una casa y familia donde despertaba Octavia la compasión que despierta de suyo el infortunio inmerecido hasta en las gentes de más duro corazón. Pero aquello no alcanzado ni por dádivas, ni por ruegos, ni por mandatos, ni por imposiciones, alcanzábase por amenazas horribles y por descoyuntadores tormentos. Las damas de Octavia fueron arrastradas al potro. Azotaron sus desnudas carnes con látigos hasta el extremo de hacer saltar en ellas la sangre, amaratándolas con heridas semejantes á picaduras de víboras. Rompieron sus huesos en anillos estrechados por terribles tuercas é insufribles para naturalezas delicadísimas. Cayeron

muchas en la calumnia, huyendo del dolor; pero una escupió el calificativo de malvado al espíritu y las hieles de su hígado al rostro de Tigelino. Octavia fué repudiada, y á la semana siguiente del repudio entró Popea en el tálamo y subió al trono de Nerón. Mujer de tres maridos esta última, la versatilidad se premiaba en ella como si fuera constancia y la constancia en Octavia como si fuera versatilidad. Roma no podía confundir el vicio con la virtud. Aquella triste ambición de Popea satisfecha y aquella humildad de Octavia castigada sublevaron todos los ánimos. Popea soberbia, y modestísima Octavia; Popea lujosa, y sobria Octavia; Popea cometiendo toda suerte de crímenes en su escalón del trono y Octavia en el trono conservando la virtud ofrecían tal contraste, que Roma lo vió con sus propios ojos y se indignó en sus entrañas del triste lauro ceñido al crimen y de la pena infligida con tal descaño á la virtud.

Mientras estuviera en la Ciudad Eterna, magüer que la relegaron á un barrio apartadísimo y á un palacio murado, prohibiéndole salir, todo el mundo sabía que allí estaba presa la mujer virtuosa, cuando en el Palatino tronaba, como Juno junto á Júpiter, la criminal y viciósísima, cual si todas las leyes morales se hubieran derogado de un golpe y tornándose del revés la humana conciencia. Hubo que arrojarla del recinto romano, donde la opinión y el sentimiento popular estallaban á la vista de tamaña injusticia. En callada noche redujéronla con sigilo á la estrechez de una litera y trasladáronla muy circuida de pretorianos en armas al destierro de Campania. Tales rigores arriba no hicieron más que aumentar el furor abajo. Acostumbrado el pueblo-rey á contar los césares entre sus dioses lares y las princesas y mujeres cesáreas entre las diosas, rompió las compuertas que lo contenían en el respeto y vertió sobre el palacio y sobre el Palatino sus encrespadísimas y alborotadas cóleras. Así habíanse dado esta cita los malcontentos, que eran casi todos, para pedir y reclamar la vuelta de Octavia en cuanto Nerón apareciera en el circo y en el anfiteatro con Popea. Ésta, sitiada por la cólera popular, no podía salir de su palacio; y así no podía ostentar su fortuna, su poder, su corona en público, humillando á sus rivales y pavoneándose con su inmerecidísima grandeza. La fuerza bruta del mal tuvo que ceder á la fuerza divina del bien. Octavia tuvo que volver á Roma para que pudiese sa-

lir por las calles de Roma. No era muy amado Séneca, pero al fin, enfrente de Tigelino tenía su ciencia y su oratoria; tampoco Agripina, pero frente á Popea, tan viciosa como ella y no de tan alta extracción, presentaba el título de su origen divino y el recuerdo de un hombre como Germánico, al cual idolatraban los romanos. Así cada vez iba Nerón quedándose más aislado y solitario allá en la cima de una grande arbitrariedad completamente destituida de circunspección. Y conociendo esta soledad tuvo que revocar, como hemos dicho ya, el destierro de Octavia. En cuanto supo esto la gente popular, estalló en Roma un alarido de gozo tan temible como los estallidos de cólera. Los dioses fueron públicamente aclamados y las estatuas de Octavia sacadas en procesión y en triunfo. Como si fuese la misma Vesta, protectora de aquella ciudad, colócanla en el Foro, á la vista de los Rostros, entre los intercolumnios de las embajadas, sobre montañas de flores, cuyos aromas se mezclaban á los vítores. Y mientras esto se hacía con los simulacros y efigies de la repudiada, los simulacros y efigies de la manceba caían derribados en el suelo. Hasta los muchachuelos tendieron sogas al cuello de las Popeas en mármol y las arrastraron por el arroyo con ruidosas carcajadas y alegres saltos, en la seguridad completa de que obtenía indemnidad absoluta un desacato como aquel, de suyo popularísimo. Después de esto ya no hubo diques al entusiasmo, y su marea montante llegó hasta el Palatino y la Casa imperial. Desparramóse la multitud por aquellos espacios, por los jardines y por los pórticos y por los patios, con clamores de loco regocijo que sonaron en las orejas del emperador y de Popea como sonidos preñados del odio popular á los dos; testimoniándoles cuán peligrosa Octavia era, con su popularidad increíble, á la fortuna y al poder de ambos. Si la orden sólo de regreso había producido tal movimiento, ¿qué no haría el regreso mismo? Popea se arrojó á los pies de Nerón en lo más apartado de palacio, desolada, y le dijo cómo habían armado una conspiración enorme contra ella los cortesanos, los familiares, los siervos de Octavia, y cómo no quedaba otro medio sino despreciar aquella gente ó caer del trono y morir por ende. Persuadióle de tal suerte con sus ruegos, que Nerón expidió los pretorianos con látigos hacia los mismos que le aclamaban con entusiasmo, y á latigazos los arrojó de sus jardines.

En aquellos momentos de la crisis, Popea se sintió madre y le anunció á Nerón que podía prometerse de su embarazo un heredero legítimo. Requeridor de continuas emociones, imposible dársele nueva más grata que la seguridad infalible de ser padre. Dilatábasele á tal esperanza el corazón, y para que no pudiese haber ni siquiera competencia entre su engendro de amor y el que pudieran dar por cualquier motivo más ó menos posible ó por cualquier evento las entrañas de Octavia con títulos y aspiraciones al trono, decidió á la postre matarla. Había para esto necesidad nueva de otro escandalosísimo proceso y de otros falsos testimonios. Aquel Aniceto, que se prestó al asesinato de Agripina, se prestó al deshonor de Octavia, como un verdugo del emperador y del imperio, destinado á servil instrumento de imperiales venganzas. Aniceto declaró que Octavia se había enamorado de su persona y obligádole á yacer con ella. Para más cohonestar su acusación y quitarle todos los aires de mentira, se resignó á que le declararan reo de lesa majestad y que le condenasen á muerte; pena después conmutada con destierro á la isla de Cerdeña, donde vivió todavía muchos años. En cuanto á Octavia, escogieron para inmolarla un sitio como la isla Pandataria, especie de patíbulo alzado en los rientes mares parthenopeos, donde no había ni agua ni vegetación y sólo se generaban y se producían venenosas serpientes. Guardada por los sicarios neronianos á vista, bajo el destierro, bajo la persecución, bajo la calumnia, bajo la pena y el duelo, aún quería la infeliz vivir: como que sólo contaba veinte años, y no se habían desvanecido ni las ilusiones ni las esperanzas en el cielo de su fantasía, ni el afán de durar hasta en mundo tan enemigo como aquel mundo romano á las entrañas de su corazón. Así, cuando se le acercaron los centuriones para decirle que tenían orden de matarla, se arrojó á sus plantas, lloró y sollozó á gritos, se mesó los cabellos, se tiró por el suelo, como una pobre niña que amenazaran con azotes y no con la majestad propia del alto cargo que tenía y de la clase de acusación que lanzaba la muerte suya sobre sus horribles tiranos. Pero nada conmovió aquellos corazones de hierro, que daban muerte á los demás, porque la muerte á ellos les pisaba los talones. En vano recordaba Octavia cómo descendía de César, cómo era una última representante de Augusto, cómo no habiendo

el derecho de repudiarla Nerón, debía llamarse aún la emperatriz de Roma y ejercer sobre los pretorianos el poder antiguo que había ejercido su gloriosísima dinastía. Los pretorianos le ciñeron el cuerpo con ligaduras, y luego le soltaron las venas abriéndolas por varios lados de su cuerpo; y como no corriese la sangre con toda la celeridad que quisieran ellos, no pudieran sufrir los gritos que daba en su terror y las súplicas que les dirigía, echáronla de golpe dentro de un baño lleno con agua hirviendo, y la asfixiaron. Su cabeza fué á Popea remitida, que la guardó como un trofeo de su victoria: ¿para qué? Para que Nerón matase á Popea de un puntapié rápido en el vientre, y luego la mandara colocar entre los dioses. ¡Cuál hogar el hogar de Nerón!